

Carles Caballero Fernández*

**VV. AA., *Cultura cibernética y otros escritos del CCRU*,
Barcelona: Holobionte ediciones, 2024, pp. 222**

Desde los albores de la red, un elemento ajeno se ha infiltrado en todos los aspectos de nuestras vidas, actuando como un filtro parásito entre nosotros y el mundo que nos rodea. ¿Qué es *este* algo misterioso, esta aceleración inhumana, este palpitar ominoso? Identificarlo, comprenderlo y, quizás, desafiarlo, requiere un pensamiento fuera de lo común. Un pensamiento como el cultivado por el infame Centro de Investigación de Cultura Cibernética (CCRU por sus siglas en inglés). No cabe duda de que el CCRU se ha erigido como uno de los elementos más llamativos e interesantes de la filosofía contemporánea (si es que podemos llamar filosofía a sus elucubraciones). El auge de publicaciones como *CCRU Escritos 1997-2003*, la primera compilación de textos en papel sobre este diverso grupo, así como obras individuales de sus miembros, como Nick Land, cuya obra *Fanged Noumena* recopila sus artículos de las últimas décadas, o Mark Fisher, quien ha experimentado una proliferación postmortem de su obra desde su trágico suicidio en 2017, refleja el incremento del interés que el CCRU ha despertado y sigue despertando a día de hoy. En este contexto, la editorial Holobionte nos presenta el libro aquí reseñado: *Cultura cibernética y otros escritos del CCRU*, que pretende aportar su grano de arena a la divulgación de este extraño grupo con un claro objetivo: abordar una actualización de la influencia que el CCRU tuvo en su momento y sigue teniendo en el siglo XXI. Llegados a este punto, se nos precisa la realización de un complejo, pero necesario apunte que pueda orientar al lego lector en su más que comprensible confusión. ¿Qué fue el CCRU? O más bien, ¿Cómo podríamos definirlo? El CCRU fue un grupo de investigación informal ligado a la Universidad británica de Warwick y aparecido hacia mediados de los años 90. Este grupo se interesó por los modelos culturales cuyos términos y cuya naturaleza no pueden pensarse en sujetos trascendentales (hablando en términos kantianos) sino en términos de sistemas complejos retroalimentados, cuyo funcionamiento permanece ajeno al control y voluntad humanos. De esta manera, el CCRU pasaba del arte o música tradicionales, así como de cualquier otra manifestación cultural cuyo origen sea propiamente humano, para investigar, por ejemplo,

*Carles Caballero Fernández (Barcelona, 1994). Doctorando en la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV-EHU). Graduado en historia por la Universidad de Barcelona (UB), Máster interuniversitario en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB).

los efectos del progreso tecnológico en la cultura y, en general, sobre la vida de los seres humanos. De esta forma, el CCRU adquiere una naturaleza radicalmente antihumana que traslada la tradicional epistemología a lo obsoleto, pretendiendo lograr su objetivo filosófico mediante la teoría-ficción, el ciberpunk y narrativas distópicas y lovecraftianas, entre otros. Con la salida de Sadie Plant de la dirección del CCRU, su fundadora y primera directora, llegó el extravagante Nick Land para sustituirla, llevando al colectivo a una deriva hacia posturas cada vez más experimentales y abandonando la filosofía académica. Esta situación supuso que la Universidad de Warwick, institución que vio nacer al CCRU, se desentendiera de él, sentenciando la frase que mejor pudo haber definido a este grupo: “El CCRU no existe, nunca ha existido y nunca existirá”.

Habiendo definido el CCRU y su excéntrica naturaleza, podemos proceder al análisis de la publicación de Holobionte. *Cultura cibernética y otros escritos del CCRU* está dividida en tres partes, sumergiendo al lector en la primera de ellas en textos inéditos del CCRU, firmados bajo su sigla, siguiendo la línea de la ya mencionada *CCRU Escritos 1997-2003*. En la segunda parte, el lector se encuentra con artículos firmados individualmente por relevantes personalidades del CCRU, como el tan polémico como apasionante Nick Land, la ciberfeminista Sadie Plant o Mark Fisher. Por último, en la tercera parte aparecen artículos escritos mayormente después de la desaparición del CCRU que pretenden mostrar su legado hasta el día de hoy.

La primera parte de la publicación, que consta de cinco textos, supone una excelente selección de la que el lector podrá extraer todo aquello que caracterizó al CCRU. El primer artículo es una apología del aceleracionismo en el que la cultura cibernética y el progreso tecnológico serán capaces de trasladar a la humanidad a una nueva fase, huyendo del tan cacareado “fin de la historia” por aquel momento. Con esto, el CCRU propugna un futuro drásticamente antihumano que se enfrentó de cara al por excelencia humanista proyecto ilustrado y a su realización y materialización del momento, entendiéndose, el capitalismo tardío y globalizado de la posguerra fría. En el segundo texto nos encontramos con el perfecto ejemplo de teoría-ficción típica de este colectivo y de su evolución diegética, con la que, mediante la expresión distópica, expresan el significado de una de sus mayores producciones teóricas, el concepto de “hiperstición”.¹ En el tercer texto, el CCRU realiza una abstracta autobiografía mediante un estilo similar al de la novela *Neuromante*, mientras alardea de todo aquello que le caracteriza; una apología hipersticional de un futuro antihumano. El CCRU demostró en el cuarto texto titulado “(Id)entidad” como pudieron dismantelar los modos tradicionales de hacer y escribir filosofía, dando cátedra de su antiacademicismo militante. El último artículo trata una historia ficticia sobre unos personajes bautizados como “cibergóticos”, sobre los que el CCRU metaforiza y divaga acerca de la formación de la cultura cibernética. Sin duda, se trata del texto más completo ya que trata aspec-

¹ Para el CCRU una hiperstición es una idea performativa que provoca su propia realidad, una ficción que crea el futuro que predice.



tos típicos del CCRU como la numerología, permitiendo entender al lector elementos como el numograma.² Esta primera parte del libro es CCRU en estado puro y supone un importante aporte a la divulgación en lengua castellana de sus textos.

En la segunda parte nos encontramos, primero, con un artículo de Mark Fisher, quien reflexiona sobre las consecuencias que el desarrollo de la tecnología (en este caso, internet) estaba teniendo en 1999, fecha en la que se redactó este escrito. Se trata de un texto inequívocamente aceleracionista en el que el progreso tecnológico conduciría a una descomposición de la autoridad, ya sea esta un poder estatal, empresarial o el poder de la academia en la transmisión y producción del conocimiento. En el segundo texto, Fisher repite, esta vez en coautoría con Robin Mackay, realizando un análisis de la cultura juvenil de los 90 y de su difícil situación de estancamiento. Es una excelente radiografía de la producción cultural del capitalismo, y llama la atención que, en este texto de 1997, son planteadas algunas ideas por parte de Fisher que después desarrollaría en su obra maestra *Realismo Capitalista*, aparecida 12 años después. Stephen Metcalf nos plantea en el tercer texto de esta segunda parte sus especulaciones acerca de obtener una nueva situación social a través de alcanzar una singularidad tecnológica. También reflexiona sobre la maquinaria libidinal del capitalismo y sus efectos sobre la humanidad. En los dos siguientes artículos, algunas autoras del CCRU como Plant o Luciana Parisi introducen uno de los temas estrella de este colectivo, el ciberfeminismo, analizando cómo el desarrollo de una cultura cibernética puede contribuir a la liberación de la mujer. Concluyendo esta segunda parte, Ian Hamilton reconfigura la subjetividad y su tratamiento filosófico tradicional mediante la teoría cibernética, criticando, de paso, a las teorías psicoanalíticas clásicas como la de Freud o Lacan. Aunque el segundo bloque de la compilación aborda aspectos que han sido objeto de interés por parte del CCRU, pierde su esencia estilográfica al tener un tono más formal y académico que la producción abstracta del colectivo. No obstante, resulta de vital interés, ya que está compuesto por textos de los mismos integrantes del CCRU, cuyas ideas permiten afianzar la comprensión del siempre complejo entendimiento de la cosmovisión de este grupo.

En la última parte de la compilación nos encontramos con los textos más alejados de la estética del CCRU, siendo aportaciones posteriores a la vida del colectivo, cuya autoría, no obstante, recae sobre antiguos integrantes del mismo. Temas como el afrofuturismo o las cavilaciones de Nick Land no podían faltar en una antología de este tipo; sin embargo, los dos textos más interesantes son un fragmento de la tesis doctoral de Anna Greenspan, que plantea la relación y determinación entre el capitalismo y el tiempo cronológico, por un lado, y la entrevista a Robin Mackay, alumno de filosofía en Warwick y que presenció en primera persona el nacimiento, desviación y agotamiento del CCRU.

² El Numograma es un concepto creado por el CCRU y podemos definirlo como una especie de mapa que combina números y tiempo de manera no lineal, mezclando ideas de matemáticas, cibernética y esoterismo. Se usa para explorar cómo se conectan las fuerzas ocultas, la tecnología y el tiempo en nuestra cultura.

Desde sus inicios en la Universidad británica de Warwick hasta su deriva hacia posturas más experimentales, el CCRU desafió las convenciones académicas y se sumergió en la exploración de modelos culturales complejos y antihumanos. La compilación *Cultura cibernética y otros escritos del CCRU*, presentada por Holo-bionte, proporciona una ventana única a este mundo desconcertante. Esta obra, junto al material publicado por la misma editorial barcelonesa sobre la obra de Nick Land, el de la editorial Materia Oscura *CCRU Escritos 1997-2003*, y la editorial argentina Caja Negra, que han enfatizado su trabajo en Mark Fisher y el aceleracionismo, han supuesto una revitalización del panorama bibliográfico sobre este apasionante pero complejo tema. No podemos hacer nada más que dar la bienvenida a este tipo de publicaciones y esperar a las futuras. De seguir la línea actual, ampliarán y facilitarán en gran medida el acceso del público al mundo del CCRU, dejando bien claro que, a pesar de lo anunciado por la Universidad de Warwick, el CCRU existe, existió y existirá.

